

El caudillo de la tercera posición. Aproximaciones a la cultura de la derecha peronista (1973-1975)



PATRICIO SIMONETTO

Centro de Estudios en Historia, Cultura y Memoria (CEHCMe) –
Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Argentina.
patriciosimonetto@gmail.com

Sociedad y Discurso
Número 26: 126-154
Universidad de Aalborg
www.discurso.aau.dk
ISSN 1601-1686

Resumen: *El Caudillo* fue un semanario publicado entre 1973-1975. Estuvo emparentado con la llamada “derecha peronista”, fundamentalmente con la Alianza Anticomunista Argentina (AAA). El artículo tiene por objeto un análisis de la publicación lejos del hermetismo textualista. Para ello se propone rastrear las condiciones sociales de su enunciación en sus artículos, publicidad e ilustraciones, colocando a esta fuente escrita como una vía de acceso a la cultura de estos actores políticos.

Palabras claves: Extrema derecha – Peronismo – Anticomunismo

Abstract: *El Caudillo* was a weekly published between 1973-1975 in Argentina. It was related to the “Peronist right”, specially close with the Argentina Anticomunist Alliance (AAA). The following article propose an analysis centered in the social conditions of enunciations: Reading the articles, advertisements and illustrations in that perspective. Taking this text as a source of access to the political cultura of the actor of the argentinian right.

Keywords: Extreme Right - Peronism – Anticommunism

El caudillo de la tercera posición fue un semanario que se publicó entre 1973-1975. Sostuvo estrechos lazos con la Alianza Anticomunista Argentina (AAA), grupo para estatal centrado en la denuncia, asesinato y persecución de militantes del movimiento obrero y la izquierda (Robles, 2010). El semanario estuvo a cargo de Felipe Romeo, un personaje de larga militancia en la ultra derecha, que estuvo prófugo cuando la causa de la AAA se reactivó en el 2007 hasta su muerte, acompañado por José Miguel Tarquini, periodista y militante peronista. Ambos periodistas pertenecían a la Guardia Restauradora Nacional, agrupación política católica y ultrasionista, la primera fracción del movimiento Tacuara. Para llevar adelante su tarea editorial, se propusieron conformar un *staff* reclutando colegas del diario *Crónica* y de la revista *Extra* (Micieli y Pelazas, 2012).

El caudillo tuvo una producción prolífera que superó los 70 números. No obstante ello, su circulación fue reducida, unos 9400 ejemplares por tirada, si consideramos que el período estuvo marcado por la expansión de la prensa escrita y sus lectores. En efecto, en 1970 se vendían unos 2.365.000 periódicos por día y, a pesar de que las cifras decayeron en los próximos tres años (1973-1974) nunca fueron menores a los 2 millones de ejemplares. La caída exponencial llegó en el año 1975 y se profundizó a partir de la dictadura de 1976 (AA.VV., 2010). De todos modos, para evaluar el alcance numérico de la publicación en términos relativos, conviene advertir que su figura contrapuesta, la revista *El descamisado* asociada al repode izquierda peronista Montoneros, alcanzó una tirada de 100.000 ejemplares.

El caudillo se insertó, siendo quizás su facción extrema, dentro del universo de la derecha peronista. Mundo que incluía a la Alianza Libertadora Nacionalista, al Comando de Organización, al Movimiento de la Juventud Federal, a la Concertación Nacional Universitaria, a la Juventud Peronista de la República Argentina y a la Juventud Sindical Peronista. Grupos que no se autoreferenciaban como de “derecha” y se asociaban a las ideas de lealtad, ortodoxia y revolución, en un sentido antagónico al promulgado por la izquierda (Besoky, 2013). Aunque de una difícil categorización, su entramado discursivo llevaba al extremo los enunciados de esta ala del peronismo y coincidía con los actores más violentos de la misma en un claro objetivo restaurador, opuesto a las expectativas de cambio y transformación radical promulgadas por la izquierda.

En los últimos años, han surgido algunos trabajos que han prestado interés académico por analizar el semanario *El caudillo*. Luis Besoky (2010) propone lineamientos generales para el estudio de esta publicación guiado por su interés por dilucidar la composición de la llamada “derecha peronista”. Natalia Silva (2013) se interna, desde el análisis del discurso, en las lógicas y razonamientos que operan en el texto del semanario. Cristina Micielis y Myriam Pelazas (2012) dan cuenta de las representaciones que *El caudillo* y *El descamisado* desplegaron en el periodo 1973-1976, colocando el foco en el movimiento peronista y la reflexión en torno a la violencia desde la óptica de la filosofía política.

El siguiente escrito se propone profundizar en algunos de los puntos destacados por los autores en sus trabajo (lógica amigo/enemigo, violencia y fuentes de financiamiento), como así también abrir nuevos interrogantes, por ejemplo, en torno a las representaciones de género como un componente destacado en el imaginario de esta versión de la derecha. Para esto nos

valdremos del análisis de los lineamientos editoriales de *El caudillo*, de sus imágenes y de sus fuentes de financiamiento. Buscando por esta vía, inspirado en un enfoque del materialismo cultural, comprender los nexos ideológicos que conectaron con el discurso instaurado en el semanario, como así también con otros discursos y prácticas represivas que recorrieron una compleja red de la política argentina.

A su vez, este trabajo supone un diálogo con otras preocupaciones abiertas por diversos investigadores. En primer lugar, correr el eje de las lecturas en torno al golpe de Estado de 1976 como un suceso construido de la nada, buscando continuidades y rupturas con el período previo en materia de represión y política (Izaguirre, 2009); Werner y Aguirre, 2010; Pittaluga, 2008; Ranalletti, 2010; Ranalletti y Pontoriero, 2010; Franco, 2012). La asunción de este corrimiento nos invita a preguntarnos ¿Cuál fue la inscripción de *El Caudillo* en este proceso?

En segundo lugar, según lo sostiene Franco (2012), desde distintos factores de poder, entre ellos el entramado de los medios masivos de comunicación, se forjaron consensos dicotómicos desde donde leer la realidad. Bajo el supuesto lógico violencia / no violencia se intentó reducir la creciente conflictividad social al signo unívoco de la “guerrilla” como medio para habilitar una “solución” consensuada con actores de la sociedad civil a este fenómeno. La pregunta que nos abre esta reflexión es: ¿Qué relación estableció la publicación analizada con estos discursos?

Por último, Franco (2012) se detiene en el proceso de normalización interna que vivió el peronismo por el cual se buscó depurar al mismo de los “infiltrados de izquierda”. Tras la victoria de Héctor Cámpora (1973), la disputa en el interior del movimiento se agudizó en el territorio, el Estado y el movimiento obrero. En efecto, las diversas facciones pelearon por constituirse como factores dominantes dentro del entramado peronista. Esta batalla coordinó diversos planos, físicos y simbólicos, donde los actores que alentaban un “saneamiento” lograron poner las relaciones de fuerza a su favor, en pos de constituir un bloque político sin disensos, comandado por Juan Domingo Perón. Es posible pensar que en gran medida la publicación *El Caudillo* estuvo en consonancia con este proceso y fue un actor en la expresión de la derecha peronista en esta disputa y la construcción de legitimidad y homogeneidad en el enfrentamiento.

Este trabajo busca analizar el semanario desde diversos puntos. El primero, es hacer una descripción general del texto y el contexto, considerando la violencia como un tópico central

dentro del régimen discursivo de la publicación. El segundo, abarca algunas aproximaciones a la economía política de la publicación, buscando rastrear a partir del análisis de las fuentes de financiamiento cuáles fueron los actores sociales implicados en aquel discurso. El tercero, es un análisis de la construcción del sujeto enunciador en relación a los sujetos demarcados como antagónicos al discurso propugnado. Es decir, la identidad entre aquél nosotros de la “ortodoxia peronista” y aquella otredad rechazada. Buscando en la lectura de aquellos “otros” impugnados, vías de análisis factibles sobre cómo esta publicación se conformó como referente de la extrema derecha peronista. En suma, nos proponemos abarcar desde distintas perspectivas de la publicación, el itinerario de diversos actores políticos cruciales para comprender la compleja vida política y cultural de la Argentina de los setenta.

“La fuerza es el derecho de las bestias”

Con ese título *El caudillo* describía la acción de las organizaciones armadas filiadas al peronismo (1974, N° 9: 2-3). Si uno estableciera una lectura guiada solo bajo el tópico de la violencia se podrían deducir a grandes rasgos dos grandes tácticas. La primera, marcada por la total convergencia con el pacto de lectura propuesto por la mayoría de los conglomerados mediáticos, que instala el proceso de conflicto social creciente como un “problema social” a disuadir, donde la lógica de subversión/anti subversión justificaría cualquier tipo de respuestas contra estos “excesos” (Franco, 2012). La segunda estaría marcada por la diferenciación expresa del semanario entre una violencia que considera válida, la que promulgaba aplicar, y otra que cataloga como inválida. La primera de estas violencias se resumiría en la firma de sus editoriales: “El mejor enemigo es el enemigo muerto”.

De todos modos, estas dos etapas difícilmente puedan ser reguladas temporalmente. Es decir, que no responden literalmente a tiempos cronológicos donde se distingue el pasaje de un postulado al otro. Hablamos de un entrecruce, fronteras borrosas, enunciados yuxtapuestos: delimitación de lo pensable y decible. Podrían enumerarse algunos casos que, aunque aparentemente contradictorios, se sustentan en una trama ideológica común. Así por ejemplo, mientras que en una de sus páginas se podía ver una foto de Juan Domingo Perón e Isabel Martínez brindando por la “paz” del pueblo (1973, N° 6: 3), unos números más tarde se llamaba a “reprimir rápido y con toda violencia” en defensa del verdadero peronismo (1974, N° 27).

Si como sostiene Marc Angenot (2012) una de las funciones de la hegemonía es la de regular aquello que es pensable y decible, aquello que puede ser escrito, fotografiado o dicho, que puede ser puesto en lo público, ¿ante qué situación nos encontramos cuando, aunque sea en un margen extremo, se puede realizar una afirmación a favor de la violencia? ¿Bajo qué circunstancias esta nominación se torna factible? No debemos olvidar que todo proceso de hegemonía, todo sostenimiento del consenso que desde las clases dominantes se articula sobre la sociedad civil, se sostiene en última instancia sobre el monopolio de la coerción (Anderson, 1985). La demarcación discursiva de la violencia, la amenaza explícita, se torna en sí coerción pura, un desborde de significación sobre la connotación “enemigo”.

La segunda mitad del siglo XX estuvo signada en Argentina por fuertes disputas entre facciones de las clases dominantes por establecer un patrón de acumulación de capital lo que produjo, en parte, una alternancia entre gobiernos civiles y militares. Estos vaivenes abrieron una brecha donde se formaron e intervinieron sectores de la izquierda radical y organizaciones de base del movimiento obrero (Schneider, 2005, 2013). La sociedad estuvo atravesada por un fuerte proceso de radicalización –cuyo punto más álgido fue el Cordobazo (1969)- que, sumada a las luchas entre diversos sectores militares, sacudieron al gobierno *de facto* surgido de la autoproclamada Revolución Argentina (1966-1973) y produjeron dos golpes internos, sucediéndose en el poder tres dictadores militares: Juan Carlos Onganía (1966-1970), Roberto Marcelo Levingston (1970-1971) y Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973). Por otro lado, tuvo su desenlace un proceso de desborde de las conducciones burocráticas de los sindicatos, aumentó la movilización de los trabajadores y sectores populares y comenzaron a ramificarse las fuerzas sociales que atentaría contra el régimen de dominación.

En este marco, las clases dominantes propusieron un Gran Acuerdo Nacional (GAN) que permitiría reinsertar al peronismo en el sistema político con el fin de cooptar o aislar a los sectores radicalizados para separar la oposición a la dictadura de la oposición al sistema (Pucciarelli, 1999). A su vez, la creciente crisis de hegemonía que desestabilizaba los proyectos políticos en pugna no podía ser resuelta por la utilización de la fuerza estatal que venía de sostener un gobierno de facto. En virtud de ello, en el año 1973, se fundó la AAA como fuerza para estatal en la búsqueda de cercenar a los actores que ponían en riesgo el *statu quo*. Esta organización se dio a conocer mediante el atentado que le infringió al senador de la Unión Cívica Radical, Hipólito Solari Irigoyen (Robles, 2009: 444-486).

Por un lado, podríamos pensar el período poniendo el foco en el proceso de emergencia de sectores del movimiento obrero y estudiantil, como así también, de la(s) izquierda(s), en cuyo seno la expectativa de transformación social radical encontró diversas expresiones, producto de la pugna de los distintos actores por definir el modo (la estrategia) en que la revolución debía ser puesta en práctica. Por el otro, este proceso de emergencia entró en tensión con fuerzas residuales y/o arcaicas, o mejor dicho, con la emergencia negativa de fuerzas antitéticas que relevaron el “orden” en función de sostener el *status quo*. En ese sentido, hablamos de cultura de derecha para comprender el entramado de prácticas y discursos en los cuales un conjunto de actores buscó definirse en oposición a estas tendencias que se promulgaban rupturistas. Es este entramado cultural al cual *El caudillo*, creemos, pensaba dar voz.

El caudillo constituyó un sentido de la realidad marcado por la “sinarquía”, un complot entre las fuerzas liberales y marxistas contra los intereses “naturales” de la Argentina expresados en el gobierno de Juan Domingo Perón. Este sería un régimen de dominación internacional donde las grandes potencias se disputarían el dominio del mundo, cercenando los movimientos nacionales. Estos movimientos nacionales eran identificados como propios de las realidades del país y respondían a los intereses considerados como verdaderos de cada uno de ellos. En este marco, la “tercera posición” que dictaba su título, expresaba su impugnación a estos actores y su posicionamiento por fuera de estas fuerzas que se reconocían como extranjeras, y por ende, adversas a la Argentina (1974, N° 31: 10-11).

Este prisma para leer la realidad no era novedoso. Había migrado de distintas tradiciones de la derecha argentina. Las explicaciones conspirativas de la política, maquineas, donde las fuerzas marxistas y liberales se presentaban como dos caras de una misma moneda eran re articuladas por *El caudillo* e insertada en el dominio discursivo peronista. El catolicismo, la moral y el antisemitismo, era encausados en un nuevo proyecto político.

El caudillo colocaba en el corazón ideológico de su verdad, la construcción imaginaria de un país indefenso en el centro de la disputa de dos agentes de poder, donde la demarcación de un orden natural se entendía en función de una autodefensa de agresión exterior. De este modo, la violencia ejercida desde el Estado por distintos actores institucionales, no aparecía en la representación de este discurso como victimaria, sino más bien como víctima de la agresión externa.

Ambas variables constituían una estrategia ambivalente que combinaba por un lado, la idea de la “paz” para los sectores que ellos establecían como aliados y , por el otro, en su rechazo a la otredad “infiltrada” y ajena a esta verdad (pueblo-Perón-Nación) se demarcaba un territorio hostil de excesos que debían ser resueltos. Una verdad no resuelta, retomada por los diversos actores en juego, donde los diversos artilugios para validar su práctica serían dirimidos en la disputa real de las fuerzas sociales.

Los movimiento adversos, considerados “extranjeros”, eran nominados como enemigos. Bajo el título “Ojo diputadito” *El Caudillo* interpelaba a Diego Muñiz Barreto, diputado electo por el Frente Justicialista de la Liberación (FREJULI), que no era reconocido como parte del movimiento justicialista y estaba alineado con Héctor Cámpora. Barreto era acusado de aconsejar y recibir a la “zurda loca en su quinta oligárquica” y lo instaba a “no sacar los pies del plato” (1974, N° 8: 19).

Este tono de amenaza explícita sería solo el inicio de un espiral creciente. Ese mismo año, la lectura del semanario indicaría el principio de una guerra civil a la cual el Estado y el “pueblo peronista” debía responder con una represión firme contra los “desertores de la sinarquía”. Desde aquel número en adelante las editoriales estarían firmadas por el lema “El mejor enemigo es el enemigo muerto”. En el mismo se aclaraba: “Luchamos con los pocos políticos ortodoxos que dan la cara. Por eso luchamos con López Rega. Por eso luchamos con Lorenzo Miguel” (1974, N°43: 2). José López Rega, alias “el brujo”, ocupó el Ministerio de Bienestar Social durante el tercer gobierno peronista. Lorenzo Miguel fue el secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica desde 1970. Ambos fueron asociados a los procesos de “depuración” del justicialismo y reconocidos como referentes de la “derecha peronista”.

Para el semanario la violencia era un hecho objetivo, era tema de charla de la vida cotidiana, en los cafés y en las fábricas, todo el mundo hablaba de ella y aunque el movimiento “Nacional-Justicialista, práctica y doctrinariamente no fue, es, ni será violento” la sinarquía había invadido la patria y debía ser “repelida” (1974, N° 46: 2-3). De este modo buscaba apelar a un imaginario pasado de invasión colonial para argumentar que su violencia era justificada, portadora de verdad y garante de la soberanía nacional perturbada desde el exterior. En el camino a la “paz”, que como afirmaba en la tapa buscaba a “Isabel, el gabinete, las FF.AA, la iglesia, la CGT, Las 62 y el pueblo”, era necesario aplicar la “ley” contra la violencia. Marina Franco (2012) señala que existió una continuidad entre los entramados

legales y punitivos gestados entre el gobierno peronista y los gobiernos militares. El gobierno no derogó el decreto ley de Defensa Nacional (votado en 1966) que había sido el corazón ideológico de la seguridad nacional durante la “Revolución Argentina” y su principal objetivo detener la “actividad subversiva”. Este decreto fue invocado numerosas veces como fundamento jurídico de diversas medidas restrictivas de las libertades democráticas.

En suma, *El Caudillo* se movía en un discurso entre dos posiciones que, aunque se presentaban contrapuestas, constituían en el terreno político dos caras de una misma moneda. Mientras que en la editorial del siguiente número anunciaba “Estamos en contra de la violencia” en la contratapa enunciaba el lema “Isabel Perón o muerte” (1974, N° 47). Es decir, rechazaba una violencia ajena a la vida del país en pos de otorgarle estatuto de naturalidad a la que la publicación y los actores circundantes aplicaban.

Una lectura desde la economía política

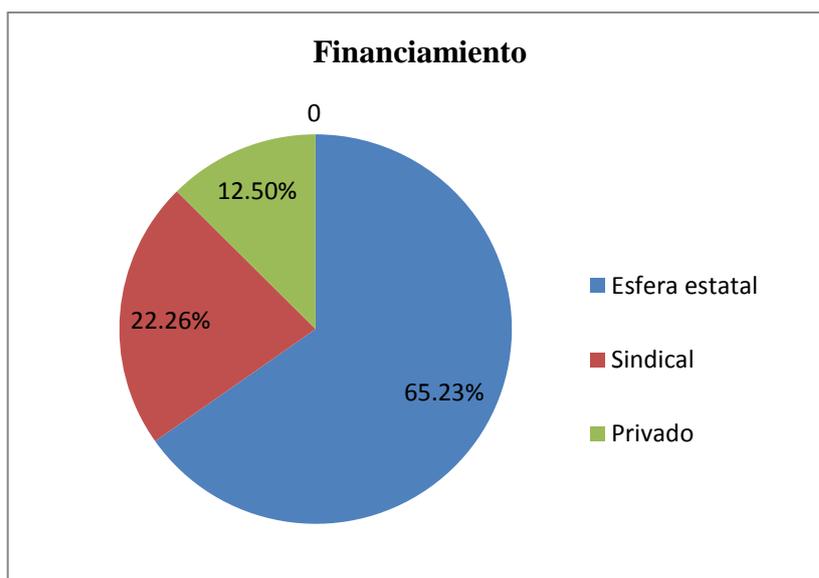
En el último período de su publicación dentro de un recuadro titulado “¿Quién paga *El caudillo*?” el semanario contestó a las acusaciones de su relación directa con la AAA y el ministro José López Rega que, si bien “los ‘analistas políticos’ se dedicaron a arriesgar las más absurdas teorías sobre qué grupo o personaje tienen paternidad sobre nuestra editorial”, el periódico reaparecía “por la necesidad del pueblo” y se sostenía con los aportes y donaciones de “militantes de base” (1975, n° 68: 19).

Retomando este interrogante, en el presente apartado analizaremos las publicidades gráficas y las solicitadas publicadas en el semanario como un medio de aproximación a sus fuentes de financiamiento. Para establecer estas proporcionalidades, hemos considerado como 1 unidad las publicidades de página completa, $\frac{1}{2}$ unidad la media página y $\frac{1}{4}$ de unidad al resto.

Somos conscientes de que metodológicamente esta apuesta puede ser cuestionable, en la medida que no podemos probar que el semanario se financiaba exclusivamente con estos aportes. De allí que nos referimos, por un lado, a la posibilidad hipotética de financiamiento económico, pero así también, de un financiamiento simbólico, un traspaso de legitimidad desde distintos actores capaces de regular el capital simbólico en pos de la publicación. A partir de estos datos intentaremos deducir qué indicios nos brindan sobre los actores que sostuvieron materialmente este discurso de violencia política, es decir ¿Quiénes gravitaron en

torno al imaginario político de una derecha extrema? Si el financiamiento es un método para sostener materialmente la circulación de este discurso ¿Qué lecturas podemos deducir de una red compleja que articulaba tanto el cuerpo político de la derecha peronista como así también el aparato para estatal empleado en la represión selectiva?

Cuadro n 1: Financiamiento I. Elaboración propia en base a *El Caudillo* (1973-1975)

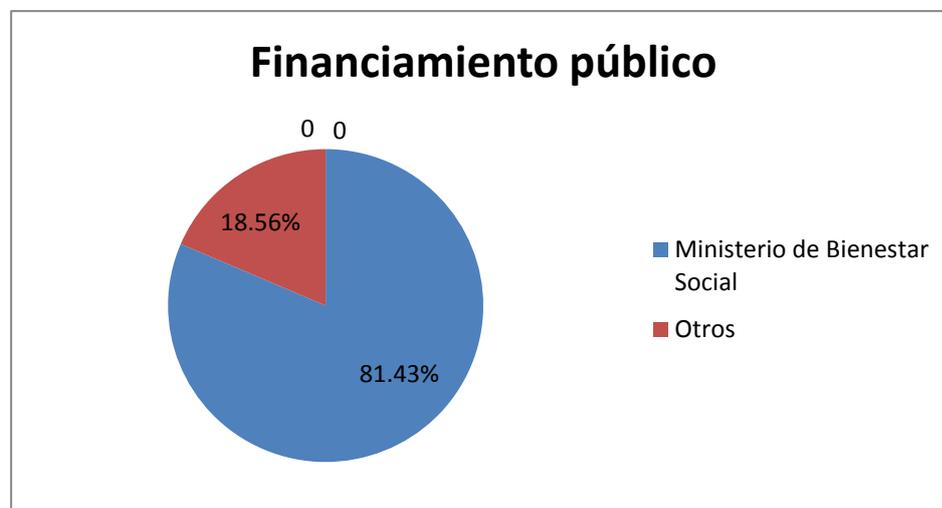


Como puede verse en el gráfico n 1, las principales fuentes de financiamiento fueron aportadas por distintas dependencias del gobierno nacional, provinciales o instituciones públicas. Por medio de solicitadas, publicidades y campañas, el Estado ocupaba un 65,23% del espacio de difusión en *El Caudillo*. Según el gráfico n 2, el 81,43% de este espacio publicitario estaba asociado al Ministerio de Bienestar Social a cargo de José López Rega.

De todos modos, *El Caudillo* no solo hacía explícita su alianza colocando en sus páginas las diversas campañas asociadas a beneficios que el ministerio otorgaba (loterías nacionales solidarias, campañas para la protección de la infancia, líneas de reclamo ante problemas laborales, entre otras), sino también enunciaban el estrecho vínculo que lo unía al ministro: “ESTAMOS CON LÓPEZ REGA, porque gozó de la confianza absoluta de nuestro líder y porque dedicó su vida a obedecerlo fanáticamente, el Ministerio de Bienestar Social es la punta de lanza de nuestra revolución” (1974, n° 38: 2). La “revolución” de esta fuerza política que implicaba el sostenimiento de un *status quo* dentro de la fuerza peronista y del Estado frente a las fuerzas en pugna por una reconfiguración del modelo de país, implicaba la consolidación de las normas vigentes del régimen.

El semanario obtuvo el apoyo de otras dependencias públicas, que bajo la influencia del lopezreguismo como tendencia en el interior del gobierno, financiaron su circulación. En primer lugar, el sector bancario, fundamentalmente el Banco de la Nación Argentina (BNA), el Banco de la Ciudad de Buenos Aires (BCBA), que había comenzado a extenderse en el Gran Buenos Aires desde 1972, el Banco Nacional de Desarrollo (llamado así desde 1970, anteriormente Banco de la Industria), la Caja Social y el Banco Social de Córdoba, fundado en 1971 por iniciativa del gobierno provincial y secundado por el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía. Cada una de estas instituciones presentaron en cada número publicidades de media o una página. En segundo lugar, participaron empresas gestionadas por el Estado como Ferrocarriles Argentinos, la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTel) y la Empresa de Líneas Marítimas Argentinas (ELMA). En tercer lugar, algunos gobiernos provinciales y municipales: el de Buenos Aires, al mando de Victorio Calabró (1974-1976) proveniente de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), que difundía sus programas de deporte y salud; el de Río Negro, gobernado por el peronista María José Franco (1973-1976), que promocionaba sus programas de bienestar social, y el de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires a cargo de José Embrioni, ex general retirado del ejército nacional de extracto peronista. Por último, un conjunto de organismos del orden nacional. Así por ejemplo, la presidencia de la nación ocupó una página en la que pedían que ninguna institución pública tomara el nombre de Isabel Martínez de Perón (vicepresidenta de la Argentina, asumiría la presidencia tras la muerte de su marido Juan Domingo Perón). A su vez, la Secretaría de Comercio, el Instituto Nacional de Acción Mutual (INAM), el Instituto Nacional de Viticultura y el Ministerio de Economía serían garantes financieros de este proyecto editorial.

Cuadro n 2: Financiamiento II. Elaboración propia en base a *El Caudillo* (1973-1975)



Existen otras vías de análisis para indicar las relaciones entre este proyecto editorial y algunos sectores del gobierno peronista. En una entrevista del semanario a Eduardo Duhalde, referente del Partido Justicialista, se narra cómo se destituyó a Pablo Turner, intendente de la municipalidad de Lomas de Zamora asociado a la tendencia revolucionaria del Partido Justicialista y se hace público el llamado a depurar al peronismo de los “infiltrados”, en consonancia a los llamados procesos de “normalización” y “depuración” del partido (1974, N° 29: 8-9).

Las organizaciones sindicales de la CGT y las 62 organizaciones peronistas fueron destacados colaboradores con la tarea del semanario. Entre las más representativas se encontraban la Unión de Obreros de la Construcción de la República Argentina (UOCRA), la Unión de Obreros y Empleados Municipales, la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), la Unión de Trabajadores Gastronómicos de la República Argentina, Luz y Fuerza, la Asociación de Supervisores de la Industria Metalúrgica Argentina, el Sindicato Gráfico Argentino, la Asociación Bancaria, la Unión de Docentes de la Argentina y la Asociación de Obreros Textiles. La fuerte presencia de publicaciones asociadas a los gremios metalúrgicos se debía a la aproximación del cuerpo editorial al sindicalista Lorenzo Miguel y a la figura de José Ignacio Rucci, secretario general de la Central General de Trabajadores, referente del sindicato siderúrgico asesinado por Montoneros el año 1973.

Cabe aclarar que la llamada “burocracia sindical”, es decir, los factores dominantes en los sindicatos que se habían consolidado en el interior de las estructuras gremiales al calor del peronismo, vivían un proceso de desgaste y enfrentamiento. El estallido del Cordobazo (1969), nombre que reciben el conjunto de movilizaciones donde convergieron franjas de la masa asalariada, estudiantes y sectores populares, alentó y visibilizó los procesos de organización que vivían las bases obreras. Mientras que en un primer momento estas organizaciones sindicales habían brindado un apoyo al gobierno de Onganía, en una segunda etapa se vieron obligados a pasar a la defensiva frente al ataque gubernamental que prohibió los convenios colectivos de trabajo e intervino los sindicatos. Estos virajes abruptos, que implicaron el paso a la oposición de sectores de la cúpula sindical burocrática, devinieron en fracturas y crisis de legitimidad para las conducciones y el descontento de las bases, dando lugar a fenómenos como el “clasismo”, tendencia política del movimiento obrero que reivindicaba el accionar independiente de los trabajadores y su pertenencia de clase (James, 2003). Si tenemos en cuenta que la magnitud del genocidio posterior tuvo una dimensión

clasista en su prácticas de destrucción, que implicó la desarticulación por vía de la desaparición y asesinato de los miembros de los movimientos de base, delegados gremiales y actores que habían cuestionado a las viejas dirigencias sindicales (Castillo, 2004), no es forzado pensar que esta publicación contó con el apoyo directo de las directivas de los principales gremios. Como sostuvimos al inicio del artículo, el proceso del genocidio de Estado debe ser rastreado en las prácticas y configuraciones de las fuerzas sociales del período previo.

En este marco, tal como se destaca en *El Caudillo*, las viejas dirigencias gremiales se enfrentaron a los jóvenes obreros asociados a Montoneros y a la Juventud de Trabajadores Peronistas (JTP) que alcanzaron una gran influencia en los sectores de vanguardia del movimiento obrero de Gran Buenos Aires y Capital Federal (Aguirre, Werner, 2009 : 268). Este enfrentamiento se había agudizado en la medida en que las alianzas que había constituido Perón en el momento del retorno al gobierno, habían pasado del apoyo en la juventud radicalizada a la mayor presencia ganada por los cuadros sindicales, basada en la política económica del gobierno en torno al salario y el cuidado de precios (Torre, 2012 : 265). En este sentido, el semanario señala en uno de sus números: “No son jóvenes: el crimen no tiene edad, no son trabajadores: son pistoleros, no son peronistas: son marxistas”. Paso seguido los denuncia por utilizar el nombre del movimiento peronista para ligar las bases sindicales a su plan estratégico, cuando en realidad “el 90% son estudiantes y profesionales”. En un recuadro advierte que en un allanamiento descubrieron armas en una filial de la JTP de la zona oeste del Gran Buenos Aires e indica que los “trabajadores no tienen tiempo para hacer guardias en una terraza con armas” y que con la excusa de la “burocracia” estos sujetos atacarían a los trabajadores reales del sindicalismo (1974, N° 14: 4-5). En esta nota queda demostrado cómo bajo el consenso logrado por los medios hegemónicos de la dicotomía violencia/anti violencia construyen a la JTP como enemigo, ajeno a los trabajadores, la nación y el peronismo, un “infiltrado”, un otro.

Cabe resaltar un pequeño matiz con la descripción de Besoky (2010) y Silva (2013) que afirman que *El Caudillo* no contó con apoyo privado. Aunque fue marginal en relación al sector público y al sindical. en su mayoría se tataba de asociaciones políticas ligadas al peronismo, como así también, organizaciones civiles o emprendimientos privados. Entre ellas se pueden destacar: Distribuidora de Vinos Don Bosco, dedicada a la producción específica de alcohol para la misa cristiana, Juventud Sionista Socialista, Sociedad de Cardiología, Librería

Venceremos, Fábrica de Pan Dulce “Marcolla” y la organización del club de fútbol Boca Juniors “Azul y Oro”, entre otras.

El precio del semanario nos brinda otro índice interesante. Su costo varió entre 2\$ y 20\$ (luego de la inflación del Plan Rodrigo) En función de ello, ¿Qué consumidores-receptores buscaba construir esta publicación? El número responde a sectores de bajos ingresos entre los que se podrían ubicar trabajadores, jóvenes de bajos recursos, que serían elegidos desde la retórica como el actor fundamental en la política promulgada por *El Caudillo*.

En síntesis, el semanario *El Caudillo* contó con diversas fuentes de financiamiento: las dependencias del Estado bajo la influencia de la tendencia en el interior del peronismo liderada por José López Rega; el conglomerado sindical y, en menor medida, los sectores privados subordinados a los sectores mayoritarios. Aunque puede ponerse en discusión si estas publicidades realmente brindaron un ingreso económico a la publicación, lo cierto es que sí funcionaron como engranajes de una economía simbólica donde el nombre del Estado y las organizaciones mayoritarias del movimiento obrero parecían sostener un discurso ligado a la acción de la violencia paraestatal contra la acción “subversiva”, paradigma que guiaría la violencia aplicada posteriormente y que no encontraría precedente alguno en nuestro país.

En segundo lugar, nos permiten dilucidar a los actores que refractaron sus intereses bajo el discurso del semanario. En algún sentido, se torna dificultoso establecer una separación real entre el aporte del sector sindical y estatal. Aunque actuaron con tácticas diversas, fueron en algún punto complementarias, tendiendo a favorecer prácticas restrictivas y coactivas, en algunos puntos convergentes y en otros divergentes, con las cuales buscaron desmontar las intenciones de la(s) izquierda(s).

La identidad del “verdadero peronismo”

El proyecto editorial suele trascender a los nombres individuales inscriptos en su producción. Hay un espacio de la producción, un proceso de identificación que se trama en el centro mismo y que se corresponde con la relación dialéctica de codificación y decodificación entre quién escribe y quién lee. Existe una vinculación donde no solo se crea un objeto para el sujeto sino también un sujeto para el objeto (Marx, 2008). Ese intento de producción de sentido, de pugna por la interpretación verídica y legítima de la realidad, se escribe desde un sitio y busca configurar a los agentes que lo rodean en sintonía con esos procesos de

escrituras. Se busca disputar sentido en lo cultural, entendido como un registro donde repercuten los procesos socio-históricos (Grüner, 2014). Los procesos de hegemonía tienden a delimitar el campo de acción y elección. La cultura entendida como un *médium* simbólico donde los sujetos se afirman pero donde son demarcados por los efectos de las relaciones de dominación (Eagleton, 2001). La prensa política o militante es una apuesta a la conformación, por vía de este proceso dialéctico, de una masa de lectores activos, de una fuerza material que dote a esa palabra de significado y extienda su influencia. La efectividad de un discurso político, su capacidad de nominación, de extender su lectura de la realidad, depende en gran medida de su capacidad para interpelar a estos sujetos.

Stuart Hall (1990) sugirió que la identidad se configura como prácticas positivas en relación a una otredad, a una falta, que debe repeler (o que la repele). En este apartado analizaremos, en primer lugar, esa identidad de quien escribe y, a continuación, intentaremos entender el lugar de aquello que repele como una de las formas de comprender el circuito de producción de sentido de esta publicación en relación al proceso histórico.

El peronismo configuró en torno a sus alianzas de poder una identidad política (Nosotros/Ellos) en donde articuló bajo una connotación positiva la idea de Perón-Verdad-Nación como expresión de una sinonimia (Veron y Sigal, 2010). Esta construcción sería llevada al extremo en la escritura de *El Caudillo* y le serían adosadas otras como la igualación de Perón-Nación- Verdad- López Rega – Isabel Martínez de Perón, entre otros componentes del núcleo de la “verdad” peronista. El sujeto asociado al caudillo era un “verdadero peronista”, lo cual implicaba una posición ética, moral y política, un trabajador “peronista de toda la vida”, hombre de familia, a favor de la justicia social y comprometido con el “mandato justicialista”.

La construcción de una tradición, sea de orden estético o político, implica la elaboración selectiva del pasado y la extensión de horizontes de sentido que justifiquen la elaboración en el presente (Williams, 2009). El nosotros de este actor articulado en torno a *El Caudillo* obtuvo en la creación de su pasado uno de los factores que fundamentaría su política. El semanario estableció hilos de continuidad entre la figura de Juan Manuel de Rosas, que había sido atacado por las tendencias liberales al igual que Perón, y encontró en él al caudillo que al igual que el general expresaba su horizonte político. En la disputa con Montoneros y la JTP,

se visualizaba como el verdadero hilo de continuidad de aquella generación que desde las filas del justicialismo y el movimiento obrero resistieron al régimen castrense iniciado en 1955.¹

A su vez, la cultura católica aparecía como una referencia inminente para un grupo político que consideraba su “verdad” como natural, en un país mayoritariamente católico y por ende ajustado a sus pautas morales. En este sentido, su identidad nacionalista revitalizaba el legado de los movimientos católicos de los años 30´ que buscaron imponer como ideario de la nación la espiritualidad católica como sustrato conservador de la tradición del país y corazón del nacionalismo (Zanatta, 2005: 114). La demarcación de la tradición cristiana es un punto clave para entender la representación androcéntrica de la política emanada de *El Caudillo*. El militante de base era personificado como “el hombre de familia justicialista”, un varón que cumplimentaba las normas filiales clásicas y conservadoras.

El lugar de escritura y recepción pretendido, tal como el título lo indica y como lo afirma la constante apelación a la idea de la sinarquía, se constituía en el centro de las dos corrientes en pugna: capitalismo salvaje y marxismo. Entre estas dos fuerzas “hegemónicas”, la verdad del discurso sostenido por este semanario era la de una posición “independiente”, asociada a los valores “naturales” de la patria. A su vez, existían numerosas referencias al imaginario político natural de esta patria, construido alrededor de la figura de Juan Manuel de Rosas, como el caudillo popular modélico que representaba Juan Domingo Perón.

Este lugar de escritura, como toda producción de sentido, se confeccionaba en la diferencia y el conflicto. En el semanario, existía una constante apelación al otro repulsado por el discurso de *El Caudillo*. En todos los números aparecía la sección “oíme”, la misma variaba entre la apelación a un potencial lector aliado (Isabel Martínez de Perón, cura, obrero, militar patriótico, etc.) y el enemigo (barbudo, capitalista, medio de comunicación, montonero, etc.). En esta apelación llamativa de atención que se mueve en un campo semántico ríspido, asociado a la figura de autoridad y con cierto potencial de agresión, se constituía otro sin el cual la identidad propia sería poco rígida y endeble.

Dentro del numeroso espectro de enemigos me gustaría concentrarme en aquellos que, entramados entre sí, definirían al sujeto “enemigo”. Como ha señalado Slavoj Žižek (2009:85)

¹ Como lo señala Besoky (2013) pensar en los proyectos de la izquierda y la derecha peronista implica señalar que muchos de sus miembros, de sus componentes orgánicos, tuvieron una práctica convergente en el proceso de resistencia peronista iniciada en 1955 en oposición al régimen castrense.

la fundación del otro siempre implica la impregnación significativa de éste en la red simbólica que nos sostiene, lo que molesta de ese otro al que se lo condena con la violencia no es su existencia material en sí sino la imagen que se construye de tal, su existencia fantasmagórica con la que en sí mismo se justifica la violencia. Como indicamos anteriormente, *El Caudillo* aprovechó el consenso tramado desde algunos medios en una dicotomía que pretendía reducir toda situación de conflicto al signo unívoco de la violencia para enfrentarla al orden/paz, como vía de justificación de una violencia que se correspondiera a constituir esa organización. A continuación daré cuenta de la construcción de esta imagen y su correlato con los procesos históricos.

En primer lugar, la universidad y la cultura aparecerían como sitios antitéticos: “La universidad: guardia enemiga (...) una guarida del antipueblo donde se perpetúan los traidores”. Sería asociada a una “isla Bolche-Trosko-Gorila” (1974, N° 18: 6-7). En sus páginas con nombre y apellido se delataban a docentes y estudiantes que militaban en organizaciones calificadas como “troskas” como el ERP, Montoneros o el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). Allí, las organizaciones políticas juveniles se encargarían de “degenerar a la juventud con el coloniaje mental” transformándola en focos “anti-nacionales” (1974, N° 35: 7-8). Una agrupación de trabajadores no docentes decía en una solicitada: “la Universidad de Buenos Aires es una fábrica de marxistas”. Acusaban a los docentes de “extranjeros” y cultivadores de “mentes guerrilleras”. En la descripción de este grupo la universidad sería una “orgía” descontrolada de Montoneros y “niñas”, donde se promueven los cargos para “extranjeros” e incitan a “los bolches que vayan a hacer un plebiscito a Moscú” (1974, N°44: 14).

El discurso tendía a señalar que el conjunto del aparato universitario operaba contra los “verdaderos estudiantes” y facilitaba la vida de los enemigos del gobierno peronista. Cabe destacar que desde el gobierno de Onganía la universidades habían sido centro de descontento social y lugar propicio para el crecimiento de las organizaciones de izquierda. El régimen castrense intervino las altas casa de estudios delegando la política educativa al poder ejecutivo, lo cual implicó una reforma de los planes de estudio contra las ofensivas “subversivas”. Las universidades se tornaron áreas de descontento que el gobierno intentó restringir y controlar. Las acciones de Mayo de 1969 conocidas como el Cordobazo, implicaron que estudiantes de Corrientes, Rosario, La Plata y Córdoba se manifestaran generando violentos enfrentamientos con la policía (James, 2013: 295). La imagen N°1

sintetiza el ideario que el discurso del semanario buscaba construir. Un espacio de enfrentamiento constante donde diversas fracciones políticas, “caídas del cielo” se enfrentarían hasta perecer. Un sitio caótico, en eterno conflicto, más parecido a un campo de batalla que al ideario conservador de una institución educativa.



Imagen N°1: *El Caudillo*, 1974, N°52

A su vez, la figura del artista aparecía como un sujeto de clase media al que apelaban diciendo “a vos que le sacas plata a la gente para contarle como la explota la oligarquía y compones canciones de protesta de lo mal que se vive en las villas desde tu departamento de Avenida Libertador” (1973, N°9: 11). Mercedes Sosa y Horacio Guarani, reconocidos artistas y representantes de la revalorización del folclore nacional, exponentes de los artistas comprometidos con los movimiento políticos de izquierda latinoamericanos, entre otros, serían acusados de “trosko-liberales” y de degenerar al “pueblo” (1975, N° 58: 10). Otras figuras representativas de las letras serían acusadas como referencias de la izquierda o de la derecha y por ende “extranjeras”. En sus páginas decían que los intelectuales de izquierda admiraban a Julio Cortazar que “vive en francés, piensa en francés y sirve al marxismo”, mientras que los de derecha admiraban a Jorge Luis Borges que “vive en inglés, piensa en inglés y sirve al colonialismo pedagógico”. En sus páginas se leía un ataque a la intelectualidad y a la actividad cultural por escribir “largos mamotretos en idiomas secretos contra el pueblo” (1973, N° 1: 15). En este sentido, Flavia Fiorucci (2011) analizó las complejas relaciones dentro del campo intelectual con el peronismo, especialmente de los

“antiperonistas”. Entre los de izquierda, por buscar proyectarse como el ideal del intelectual comprometido, y entre los de derecha, por su marcado exceso opositor y carácter elitista.

Como señalamos previamente, la identidad de *El Caudillo* encontraba un centro de su discurso en la figura masculina clásica heredada de las tradiciones y la moral católica conservadora. En sus páginas, se leía una constante apelación a la moral en rechazo a todo empleo de la sexualidad que no cupiera en las normas de la familia cristiana. La mirada androcéntrica promulgaba una virulencia contra todo aquello que escapara a los cánones establecidos como horizontes de la vida social y cultural.

Todo era trastocado por este foco. La política se volvía una actividad propia de los varones. La descalificación al adversario y al enemigo era asociado a la femineidad y a la acusación sodomita. El discurso peronista significaba una ruptura con una supuesta posición femenina que los trabajadores, contenidos en la figura de nación, habían tenido frente al capitalismo oligárquico. En este sentido, por ejemplo, en el enfrentamiento que el primer gobierno peronista sostuvo con la iglesia católica, se acusaba a los curas de “homosexuales afeminados y revoltosos”, codificándose de este modo en la política argentina valoraciones genéricas (Acha y Ben, 2004). A su vez, las elites conservadoras también se valieron de la acusación de la anomalía sexual como una forma de desprestigiar a sus distintos oponentes y afirmar su carácter viril. En 1956 Ezequiel Martínez Estrada, intelectual y poeta argentino que fue Presidente de la Sociedad Argentina De Escritores (SADE), escribió un texto en el cual homosexualizaba a Perón quien era presentado como un sodomita surgido de una sociedad secreta de “pederastas ambiciosos”. Asimismo se describía al peronismo como “un brote vergonzante de homosexualidad” y las masas populares eran feminizadas y patologizadas con los rasgos propios de una prostituta (Maristany, 2010: 189-190).

En el año 1974 (Nº 12) *El Caudillo* enunciaba “Los hechos son machos, las palabras hembras”. Es necesario contextualizar esta afirmación en una situación donde la violencia como elemento de la política era asociada al empleo masculino, aunque esto no fuera siempre así, tanto por las fuerzas dominantes como por las emergentes y donde el intento de sostener un estatuto de masculinidad, y por ende, un código que contuviera a la política, se volvió un anclaje clave (Simonetto, 2014). La acusación parece clara: la realidad es masculina mientras que decir, acusar y no actuar es propio del campo semántico femenino, la alusión, el chisme. No casualmente un movimiento masculinizado como el peronismo se articulaba bajo la frase

de Perón “Mejor que decir es hacer”. Omar Acha (2014) indica que el peronismo estuvo marcado por profundas ambivalencias. Mientras que por un lado sostuvo políticas coactivas hacia las distintas formas de disidencia sexual, por el otro, movilizó mutaciones demográficas, crecimientos urbanos, que posibilitaron el debilitamiento de los lazos de control familiar y la emergencia de nuevas formas de socialización homosexual.

La figura del “subversivo” apelaba a la femineidad tanto por su estética, cabello largo y “desarreglado”, como por su inconformismo histórico que se ilustraba en la sección de humor del periódico. En la Imagen N° 2 vemos una viñeta bajo el título “la terapia del grupo tendencioso”, aludiendo a la “tendencia” en el interior del PJ, diversos personajes asociados al consumo de drogas (“faloperos”), feministas (mujeres desarregladas) y homosexuales.

Este último aparecía en una clara alusión al Frente de Liberación Homosexual (FLH), colectivo político que se reunió entre 1971-1976. En su seno convivían diversas tendencias políticas y su principal objetivo era aunar la revolución social con la sexual. Un hombre afeminado, de pelo abultado y con una bincha con la inscripción “montoneros” decía: “Perón no es mi tipo ¿viste?...Además chicos y para que lo sepan el Frente de Liberación Homosexual adhirió a la JTP, aunque no tiene órgano que lo represente efectivamente” (1974, N° 12: 19). De este modo el semanario se burlaba de los intentos del FLH por establecer un diálogo con la Juventud Peronista. En efecto, el FLH había asistido a Plaza de Mayo en la victoria de Héctor Cámpora y a Ezeiza ante el retorno de Perón. En ambos casos la JP se mostró avergonzada, se hacían a un lado, buscando separarse de la organización. El punto culmine fue su rechazo público bajo el cántico “no somos putos, no somos faloperos, somos soldados de FAR y montoneros” (Simonetto, 2014).

Los distintos jóvenes sentados en círculos se presentaban como figuras demenciales, agarrándose los cabellos y con constante descalificación a su posición política, lo cual sería rectificado por la posición del psicólogo que anunciaba “Están todos rayados”. En este espacio *El Caudillo* articulaba diversos estereotipos con los cuales se podía desmerecer la acción de las organizaciones guerrilleras. Si la universidad era un sitio signado por la falta de organización y autoridad, la juventud política organizada se presentaba como un conjunto de sujetos irresponsables y desvirtuados.

La personificación de una joven militante aparecía diciendo “Yo no apoyo a Perón por que traslado mis problemas con la autoridad paterna...¿viste?”. Asimismo, el lugar aparece

señalizando lo ajeno a la moral promulgada en el pacto de lectura entre emisor y receptor: “La falopa negociada no será derramada” – reza un cartel en el margen superior derecho. Todas estas operaciones intentaban señalar tanto al espacio de construcción política de las organizaciones de izquierda radicalizada como zonas de “descontrol” buscando reducir sus fundamentos políticos. Este espacio de organización se ubicaba por fuera del carácter “normal” que debería adquirir la juventud comprometida con el país. En este sentido, su asimilación a un consultorio, donde circula el discurso psicoanalítico y se expone algo del orden personal, suele remitir en la cultura occidental a la percepción de que lo sensible remite al campo semántico femenino (Barthes, 2014: 199). En el imaginario de este periódico de derecha estos actores juveniles eran identificados como hordas descontroladas que quebraban su estatuto natural, y uno de los medios de ejemplificarlo, sería ubicándolos como varones feminizados.

Por último, la aparición de constantes referencias al ámbito psicoanalítico, términos como “Edipo”, “Padre”, la figura del consultorio y del propio psicoanalista responde al rechazo que la derecha y los grupos conservadores propugnaron contra la extensión de este cuerpo teórico. En la Argentina, a partir de la década del 30’ una versión divulgada del psicoanálisis comenzó a circular en distintas publicaciones como en el diario *Jornada*, diario de tirada masiva que mantuvo una sección particular de difusión popular de conceptos freudianos. En distintas revistas sentimentales, dirigidas al público femenino, una interpretación popularizada del psicoanálisis irrumpía, dando un vocabulario de conceptos vagos, para analizar y aconsejar la vida “espiritual” de sus lectores. Desde la creación de la carrera universitaria en el marco del desarrollismo, el psicoanálisis tuvo una rápida pregnancia en la intelectualidad progresista, ofreciendo una vía de cuestionamiento a los valores “naturales” propios de la cosmogonía católica (Vezzetti, 1999). Conjunto de elementos que de por sí eran rechazados por el imaginario político de la derecha.

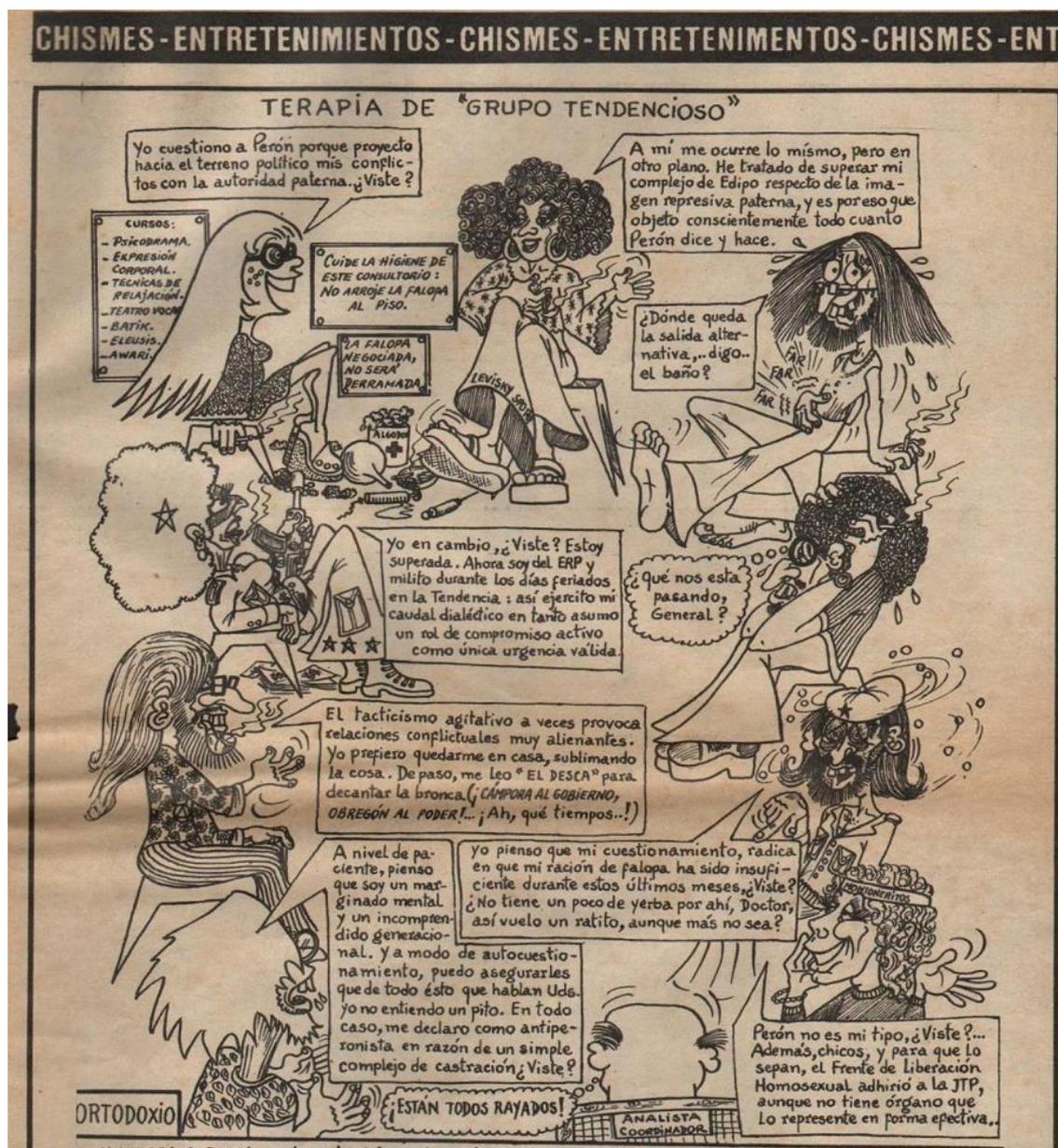


Imagen N°2: *El Caudillo*, 1974, N°12

En otro número, figuras de montoneros y el ERP colocados en pose femeninas, como si participaran de un cuadro del teatro de revista aparecían bajo el título "El currículum de una loquita llamada guerrilla" (1974, N°1: 8-9). La agresión a los homosexuales era reiterada y alcanzó puntos culmines en el enfrentamiento. La redacción del diario lanzó un comunicado público que llamaba a "acabar con los homosexuales", en el mismo se solicitaba que se los rapara y se los atara en lugares públicos con leyendas "pedagógicas", para intimidar con ello a la naciente organización homosexual (Simonetto, 2014).

En sus últimos números festejaba el asesinato del director de cine Pier Paolo Pasolini titulado el artículo “La muerte de un maricón”. Allí se escribía “hace unos días se supo que habían roto su humanidad a palos y decidió dejar de existir”. El director de cine era acusado de ser un “asqueroso” que ensuciaba el nombre de dios y que “no era más que un maricón recalcitrante que terminó su vida cuando una de sus victimas le dio su merecido (...) hemos gastado todo este espacio para ‘avivar giles’ (...) y si se encuentra con algún Pasolini en el baño de un cine o en una calle oscura rómpale la cabeza y después, si quiere, pregúntele cuantas películas filmó” (1975, N° 71: 18). En este discurso el homosexual era categorizado como un sujeto indigno de la condición humana cuyas prácticas no merecían ni el espacio en el diario, a pesar de que el número siguiente se volvió a escribir al respecto, y mucho menos digno de la vida. A su vez, quienes al parecer participaban de un acto sexual en condición de hombres, suponiendo como penetrados/activos/masculinos, eran víctimas de los homosexuales que como el director de cine los habría corrompido.

Pero los homosexuales y las feministas no fueron las y los únicos centrados en el ataque de este discurso masculino, que como toda posición identitaria, se reafirma por aquello que expulsa o le falta. En el primer número acusaban a los periodistas Carlos Uranovsky y Mario Mactas, encargados por el ministerio de Educación de redactar una revista infantil, de ser “proclamadores de la masturbación y la cultura anal” con la cual buscaban pervertir a los niños (1973, N° 1: 9).

Por otro lado, *El Caudillo* puso en la mira de su ataque a los medios de comunicación masivos. Enfrentó públicamente al periódico *Descamisados y Noticias*, asociados al ala izquierda del peronismo, así como también rechazó al periódico *El Mundo* referenciado con el PRT-ERP. Dentro de la prensa gráfica también se opuso al diario *La Prensa y La Opinión*, al punto de festejar en las necrológicas el cierre de este último.

Pero el enfrentamiento crucial de *El Caudillo* estaría signado con los dispositivos audiovisuales. Desde los inicios del primer peronismo el enfrentamiento con algunos conglomerados mediáticos se hizo persistente. Los medios fueron asociados al trabajo “antipatria” del imperialismo para colonizar y denostar la labor del peronismo en la “liberación nacional” (Varela, 2007). Para *El Caudillo*, la televisión era “un arma imperial” con la cual se importaba la moral extranjera y “pornográfica”. Acorde a esta descripción convocaba al Estado a intervenir regulando sus contenidos y buscando su nacionalización

estatal (1974, N° 52: 2). La extensión de las emisoras de TV estuvo signada por la iniciativa privada de sectores antiperonistas que, alentados por medidas efectuadas por el general Armamburu, presidente de facto entre 1955-1958, estuvieron en sus primeros años asociados a grupos empresariales próximos a la iglesia, a la UCR, a conservadores y a militares como un modo de proscribir al peronismo también en ese ámbito (Mastrini, 2009). La televisión se volvía un lugar estratégico de disputa en la concreción de un modelo de país previsto para un grupo nacionalista y peronista. Durante los años 60' hubo un aumento creciente del uso de televisión alentado por el crecimiento económico y la capacidad de consumo de los sectores populares. Hacia 1973 el acceso a receptores en Capital Federal y el conurbano alcanzaba en distintos extractos sociales números que superaban el 90%.

El Caudillo intentó prefigurarse como un actor en las reconfiguraciones de la política de medios. En este sentido apoyaron la toma que un grupo de trabajadores asociados al sindicato de empleados de las televisoras realizó en Canal 9 contra la gerencia de Alejandro Romay y por el aumento de salario (1974, N° 31: 20). Días más tarde el mismo sindicato tomaría las instalaciones del medio y reclamaría la estatización del mismo, ante la cual el semanario nacionalista llamaría a “Nacionalizar los medios de comunicación” (1974, N° 35: 18).

La intención de *El Caudillo* durante estos números, parecía aproximarse a un ideario de democratización de los medios vía injerencia estatal. El 28 de mayo de 1974 los gremios de trabajadores del rubro se reunieron con Perón y López Rega donde se les propuso que dilucidaran un proyecto para resolver la situación acéfala de regulación, que desde el gobierno de Raúl Lastriri habían perdido la validez de sus licencias. El 22 de junio los gremios tomaron los canales 9 y 11 con lo que se pretendía una estatización en la que se nombraran directorios representantes de los trabajadores y las organizaciones sindicales. Tiempo después, por medio del decreto 340, el gobierno de Isabel Martínez de Perón dispuso la intervención, lo que un año más tarde por medio de la ley N° 20.966 concluiría con la expropiación de los principales medios del país. La secretaría de prensa ocupada por José María Villone, próximo a López Rega, anuló el proyecto de participación de los trabajadores y dispuso una idea totalizadora de estos medios, lo que implicó la utilización de los noticieros y la persecución a trabajadores de la cultura (Morone y Da Charras, 2009).

En este sentido, el enfrentamiento que este periódico sostuvo, y en el cual se alineó con el llamado “proyecto sindical” para los medios, fue una posición táctica circunstancial y se

inscribía en la conquista de poder estratégica del lopezreguismo para el cual el conglomerado mediático era central. Los armados discursivos contra lo que en los 60' se llamó el imperialismo cultural, era solo un paso para la ocupación de los medios de producción discursivos en pos de construir nuevos consensos que posibilitaran la aplicación de su programa.

En síntesis, el sustrato ideológico, la identidad desde la cual *El Caudillo* articuló su discurso, se constituyó no solo por sus posiciones sino también por la confrontación con una otredad. Esta otredad estaba compuesta por distintos actores y etiquetas que, emparentadas bajo la idea de sinarquía, se oponían al conglomerado ideológico nacionalista en el que se inscribía su proyecto editorial.

A modo de cierre

El periódico *El Caudillo* fue la representación pública de una fracción del entramado peronista asociado a la extrema derecha. A pesar del cuestionamiento historiográfico a reducir las trayectorias asociadas a esta fracción del movimiento justicialista a una mera variable represiva, algunas de las aproximaciones de este artículo revalidan la necesidad de su análisis para comprender las alianzas establecidas para aplicar los inicios de coerción que se magnificarían a partir del año 1976.

El análisis de sus fuentes de financiamiento indica los distintos actores dentro de la formación estatal y el peronismo que sostuvieron materialmente la circulación de un discurso que explícitamente reivindicaba la eliminación de distintos sujetos calificados como enemigos. Asimismo, el proyecto editorial de esta publicación afirmó constantemente sus lazos con el ministerio de Desarrollo Social comandado por José López Rega, como así también, reivindicó la acción para estatal de la AAA.

La composición de la línea editorial, asociada a los elementos de su identidad, un código entre emisor y receptor, estuvo centrada en la revalorización de tradiciones culturales católicas y nacionalistas. A su vez, implicó el rechazo a determinados enemigos entre los que se destacaron la izquierda, el ámbito universitario, los medios de comunicación y las prácticas sociales ajenas a una moral asociada con la elaboración de los valores de una nación católica.

Retomando la hipótesis de Senkman (2001) que existió una incapacidad a lo largo de la historia argentina para la construcción de un partido orgánico de la derecha que tuviera una representación comparable con la de Chile y Brasil, nos permitimos preguntarnos: ¿Qué alternativas tuvieron los sectores dominantes para valerse de estas vías? ¿Qué fuerzas sociales, o alianzas, fueron las que reemplazaron el rol de las derechas restauradoras? Como demostramos a través del análisis de las fuentes de financiamiento, el anudamiento de alianzas con corrientes internas del gobierno vía el Estado, el aparato sindical y las fuerzas de choque, terminaron siendo la expresión y organización de una derecha que no se autoproclamaba como tal.

Por último, como lo señaló Walter Benjamin (2007) la violencia tiene un doble carácter y debe ser entendida en las circunstancias históricas en que aparece. Por un lado, se encuentra la violencia que se torna fundante del derecho, mientras que por otro lado, aparece aquella que se propone conservarlo. *El Caudillo* es un documento que nos aproxima al ideario de estas fuerzas conservadoras, y por ende, de su violencia: que vale recordar, no fue solo una violencia de conservación, sino que instauró nuevas relaciones de derecho y significación por medio de la desaparición y eliminación de personas.

Bibliografía

- Aguirre, F. y Werner, R. (2010). *Insurgencia Obrera en la Argentina 1969-1976*. Buenos Aires: IPS.
- Acha, O. y Ben, P. (2004). Amoraless, patoteros, chongos y pitucos. La homosexualidad masculina durante el primer peronismo (Buenos Aires, 1943-1955). *Trabajos y Comunicaciones*, 31, 217-260.
- Acha, O. (2014) *Crónica sentimental de la Argentina Peronista*. Buenos Aires: Prometeo.
- Anderson, P. (2012). *Historia, teoría y política*. Barcelona: Siglo XXI.
- Anderson, P. (1985). *Antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona: Siglo XXI.
- Angenot, M. (2012). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- AA.VV. (2010). *Click19. Informe del laboratorio de industrias culturales de la secretaría de cultura*. Año 5. N° 19.
- Barthes, R. (2014). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Benjamin, W. (2007) *Conceptos de Filosofía de la Historia*. Buenos Aires: Terramar.
- Besoky, J.(2010). El caudillo de la tercera posición: órgano de expresión de la extrema derecha. En *Conflicto Social*, 3, 7-28.
- Besoky, J. (2013). «La derecha peronista en perspectiva», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Questions du temps présent,.
- Bulla, G. (2009) Televisión Argentina en los 60: la consolidación de un negocio a largo alcance. Gustavo Bulla. En Mastrini, G. (2009). (comp.). *Mucho ruido, pocas leyes: economía y políticas de comunicación en la Argentina (1920-1997)*. Buenos Aires: La crujía.
- Castillo, Christian (2004) Elementos para un "cuarto relato" sobre el proceso revolucionario de los '70 y la dictadura militar. En *Lucha de Clases* 4, 20-34.

- Da Charras, Diego y Morone, Rodolfo (2009) El servicio publico que no fue. La televisión en el tercer gobierno peronista. En Mastrini, G. (2009). (comp.). *Mucho ruido, pocas leyes: economía y políticas de comunicación en la Argentina (1920-1997)*. Buenos Aires: La crujía.
- Eagleton, T. (2001). *La idea de cultura. Una visión política de los conflictos culturales*. Buenos Aires: Paidós.
- Fiorucci, F. (2011) *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*. Buenos Aires: Biblos.
- Franco, M. (2012). *Un enemigo para la nación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Hall, S. (1990) Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?. En Hall, S. y Du Gay, P. (comps.). *Cuestiones de identidad cultural.*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Izaguirre, I. (2009). *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983. Antecedentes, desarrollo, complicidades*. Buenos Aires: Eudeba.
- James, D. (comp.). (2003.). *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: editorial Sudamericana.
- James, D. (2013). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Maristany, J. (Comp.) (2010). *Aquí no podemos hacerlo. Moral sexual y figuración literaria en la narrativa argentina (1960-1976)*. Buenos Aires: Biblos.
- Marx, K. (2008) *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mastrini, G. (2009) (comp.) *Mucho ruido, pocas leyes: economía y políticas de comunicación en la Argentina (1920-1997)*. Buenos Aires: La crujía.
- Micielis, C. y Pelazas, M. (2012) *Dar la vida, quitar la vida: el peronismo en los años 70'a través del diario El caudillo y El descamisado*. Buenos Aires: La parte maldita.
- Pittaluga, R. (2008) "Memoria según Trelew". En *sociohistórica. Cuadernos del CISH*, num. 19, pp- 81-111.
- Pucciarelli, A. (1999). *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.

- Ranalletti, M. (2010) Aux origines du terrorisme d'Etat en Argentine. En *Vingtième siècle*, 105, 45-56.
- Ranalletti, M. y Pontoriero, E. (2010) La normativa en materia de defensa y seguridad y la criminalización de las disidencias (1955-1976). En *V jornadas de Trabajo sobre historia reciente*, Buenos Aires: UNGS.
- Robles, A. (2010). La triple A y la violencia represiva del gobierno peronista (1973-1976). En Aguirre, F. y Werner, R. (2010) *Insurgencia Obrera en la Argentina 1969-1976*. Buenos Aires: IPS.
- Schneider, A. (2005) *Los compañeros. Trabajadores, Izquierda y Peronismo 1955-1973*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Schneider, A. (2013) Una lectura sobre las organizaciones de base del movimiento obrero argentino (1955-1973). En *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 2, 33-54.
- Senkman, L. (2001). La derecha y los gobiernos civiles. 1955-1976. En AA.VV. *La derecha Argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*. Buenos Aires: Javier Vergara.
- Silva, N. (2012). *El papel de la revista El Caudillo. Aproximaciones al discurso político de la derecha peronista durante el régimen democrático de los setenta*. X Jornadas de Sociología. 1 al 6 de Julio, UBA.
- Simonetto, P. (2014). *Entre la injuria y la revolución. El Frente de Liberación Homosexual en la Argentina (1967-1976)* Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de Quilmes.
- Simonetto, P. (2014). Imagen, estética y producción de sentido del Frente de Liberación Homosexual (1967-1976). En *Corpus: revista de la alteridad latinoamericana*, vol. 4, nº 1.
- Simonetto, P. (2014). Los fundamentos de la revolución sexual: teoría y política del Frente de Liberación Homosexual. En *Anuario de la Escuela de Historia virtual*, 6, 150-174.
- Varela, M. (2007). Le péronisme et les médias: contrôle politique, industrie nationale et goût populaire. En: *Le Temps des Médias. Revue d'histoire*, 7, 30-55.

- Vezetti, H. (1999). Las promesas del psicoanálisis en la cultura de masas. En AA.VV. *Historia de la vida privada en la Argentina*, tomo 3: *La Argentina entre multitudes y sociedades. De los años 30 a la actualidad*. Buenos Aires: Taurus.
- Verón, E. y Sigal, S. (2010) *Peron o muerte*. Buenos Aires: Eudeba.
- Torre, J. (2010). *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las cuarenta.
- Zanatta, L. (2005). *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Zizek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.

Nota sobre el autor.

Patricio Simonetto es Licenciado en Comunicación Social y doctorando en Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Nacional de Quilmes. Miembro del Centro de Estudios en Historia, Cultura y Memoria (CEHCMe) y de la Cátedra Abierta de Género y Sexualidades de dicha universidad. Su objeto de estudio son las representaciones sobre la disidencia sexual durante la segunda mitad del siglo XX. Entre sus publicaciones se encuentran: “Imagen, estética y producción de sentido del Frente de Liberación Homosexual (1967-1976)” en la revista *Corpus – Archivos de la alteridad latinoamericana*, “Los fundamentos de la revolución sexual: teoría y política en el Frente de Liberación Homosexual” en el *Anuario de la Escuela de Historia Virtual de la Universidad de Córdoba*, “Somos: la historia a contrapelo de la historia del Frente de Liberación Homosexual” en la revista *Contenciosa*. Revista de violencia política, represiones y resistencias en la Historia iberoamericana.